

Traducido del *Christian Science Sentinel*, 21 mayo 2007  
reservados los derechos

## *Dios te está sujetando*

por Elise L. Moore, C.S.B.

Hay un notable incidente en la Biblia que ilustra la tendencia humana a dudar que el bien sea supremo. Se desata una tremenda tormenta. Jesús camina tranquilamente sobre las olas. Pedro se sale del barco, su zona de confort y, atónito, descubre que está caminando sobre el agua.

Debería ser un momento de alegría, pero para el pragmático Pedro, ¿cómo enfrentar al viento que aúlla, el agua impetuosa, los poderosos rayos y truenos? El alboroto es más de lo que aguanta Pedro. En lugar de regocijarse en el poder del bien sobre el mal, él literalmente se hunde.

Jesús salva a Pedro y pregunta: “¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?” Pedro pudiera haber respondido que ¡había muchas razones! Los barcos se perdían en el mar, a diario se moría gente. Pocas personas se sanaron o siquiera creyeron en el Evangelio al ir los discípulos al pueblo de Jesús. Acababa de ser decapitado Juan el Bautista. ¿Y ahora qué? Pedro se ahogaba en un mar de dudas.

Quizás tú te sientas así. Quizás parezca muy sensato no confiar en la existencia y poder de Dios, cuando a diario sucede el mal. Jesús, sin embargo, veía el reinado supremo del poder de Dios en la tierra. Él conseguía dominio inmediato sobre la duda y el desaliento al enfocarse en Dios, en lugar de las circunstancias materiales. Pudiera haber un millón de amenazas que reclamaban su atención, pero él se enfocaba en la única verdad de que Dios, el Espíritu, gobierna y vence al mal.

Jesús comenzó su ministerio predicando, “El reino de los cielos se ha acercado”. Esto significa que el poder del bien, la suprema armonía de Dios, gobierna en la tierra. Jesús venció la duda del mundo, y sanó a las personas de enfermedad y pecado, y hasta las salvó de la muerte.

Cada uno de nosotros tenemos que elegir. Podemos ahogarnos en la duda, como Pedro. O podemos permitir al Cristo, la Verdad, elevarnos mentalmente y salvarnos. Siendo la divina idea de Dios que viene a la

consciencia de cada individuo, el Cristo está presente hoy para disolver la nube de la duda y el desaliento. Si nos tornamos de la tormenta de las circunstancias humanas y concienzudamente buscamos al Cristo, entonces también nosotros podemos encontrar salvación y curación.

Tuve una experiencia que ilustra el valor de volvernos radicalmente al único Dios de manera concienzuda. Puede que sean diferentes las dudas que enfrentas, pero lo que aprendí quizá te sea útil.

A los 13 años, tomé clases de equitación. Un día caluroso de verano, mi papá hizo arreglos para que montáramos caballos. Pero para cuando llegamos, ya estaban rentados todos los caballos. Me sentí terrible. Mi papá insistió en preguntar si había alguna posibilidad, así que sacaron un caballo que dijeron estaría bien para mí. Aunque no pasearía por veredas boscosas con los demás, había una pista grande y mi papá podría verme montar. Allí usaban montura y técnicas diferentes a lo que yo había aprendido, pero pensé que la diferencia sería insignificante.

Fuimos a la pista, donde había una chica tomando clase, sin embargo había espacio amplio para el caballo y yo. Comencé dándole instrucciones de la manera que había aprendido anteriormente, pero no respondía, por lo que sentí avergonzada. Entonces el instructor me enseñó cómo daban ellos las instrucciones, que era muy diferente hasta en la manera de usar las riendas. Parecía funcionar, y el caballo comenzó a ir a medio galope y yo a sonreír. ¡Dulce éxito!

No me había percatado que el caballo se resistía cada vez más a dejar el área donde había sombra para pasarse al sol tan fuerte. Yo estaba concentrada en la tarea de usar las riendas correctamente, dar las instrucciones debidas e impresionar a mi papá. De repente el caballo comenzó a brincar como loco.

La otra muchacha se puso histérica mientras el instructor me gritaba instrucciones, pero yo empecé a orar. Al primer brinco, mis pies salieron de los estribos, sin embargo lo que había aprendido anteriormente de la forma de montar inglesa me ayudó. Con las rodillas, apreté lo más que pude. Nunca sentí temor. Pero no tenía la más remota idea sobre qué debía hacer para controlar al caballo. No diferenciaba entre los gritos de la muchacha y los del instructor, así que hice caso omiso de ambos. Simplemente me torné a Dios. Literalmente me aferré a los pensamientos de Dios, y sabía que Dios estaba allí mismo, sujetándome.

Hay un maravilloso versículo en Isaías: “Porque yo soy tu Dios, quien te sostiene de tu mano derecha, y te dice: No temas, yo te ayudo” (41:13). Aunque no haya pensado específicamente en ese versículo al estar dando de brincos por toda la arena, sin embargo sentí la fortaleza de su mensaje conmigo. No dudaba de la presencia de Dios allí mismo, y mientras Dios tuviera el control sobre mí y sobre mis pensamientos, yo estaría a salvo. Así que insistí en el pensamiento, “Dios está aquí”.

Después de una decena de brincos, el instructor logró asirse de las riendas. Yo aún me encontraba en la silla, con las riendas, todavía sin temor y confiada en que Dios tenía el control. Por cierto pensé que todo había sido mi culpa, que no había dado las instrucciones correctas. Pero resultó que el caballo no había sido domado del todo, razón por la cual no lo habían dejado salir a la vereda con los demás. Mi papá estaba molesto con los responsables del establo, pero yo no. Dios había estado conmigo todo el tiempo, y nunca me había sentido alejada de Su mano fuerte. En realidad había sido una aventura, y ciertamente había logrado impresionar a mi papá.

Quizá nunca vayas a montar caballo. Yo no lo he hecho en años. Pero aprendí varias lecciones ese día acerca de cómo manejar la duda, que desde entonces me han ayudado.

Primero, aprendí a no culparme cuando sentía amenazada por problemas. Yo no había hecho brincar al caballo ni había atraído la discordia a mi vida. El culparnos de los problemas o buscar una causa lógica para el mal no es metafísicamente sano. De hecho, es la falsificación de la manera espiritual de pensar. La espiritualidad revela que Dios es la fuente de la acción correcta, y que la causa divina es armoniosa y buena. No existe nada en la creación espiritual de Dios que atraiga su opuesto. Los hombres y las mujeres creados a la imagen de Dios, reflejan Su armonía expresando el bien. El mal es como una nota musical que no forma parte de una canción, y cuando aprendes a tocarla bien, desaparece. Así que, en lugar de buscar una causa para el mal, o culparte, es más eficaz y liberador el saber que el mal no tiene razón de existir y que puede ser vencido.

En segundo lugar, me di cuenta que la creación de Dios es inocente. El reclamar mi inocencia dada por Dios me liberó para poder orar eficazmente y sentir la presencia de Dios. El ver tu inocencia es reconocer tu identidad

espiritual como la idea de Dios. Esto fortalece tu convicción de que el bien es real y de que el poder y la gracia divinos están presentes en tu vida.

Tercero, el volverme a Dios, al bien, como la causa de la acción me liberó del temor del azar y de accidentes. En lugar de sentirme aprensiva acerca del futuro, preguntándome qué más podría salir mal, me di cuenta que el confiar en la ley de Dios trae seguridad. Las leyes de Dios son supremas en la tierra como en el cielo. Dios gobierna al universo físico mediante ley divina. Ni el azar, ni accidentes ni el destino se encuentran fuera de la ley de Dios; no pueden actuar independientes de ni contrarios al Cristo, la Verdad que es consistente y constante, y que gobierna lo humano a través de la aplicación de la ley divina. Como dice en Romanos, “La ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte” (8:2). El Cristo que Jesús plenamente incorporaba, trae hoy la garantía de seguridad y salvación a la experiencia humana. El Cristo es la idea divina que destruye el azar, el pecado y las equivocaciones. Por medio del Cristo, podemos hallar seguridad al aferrarnos firmemente a la supremacía de Dios.

Finalmente, aprendí el valor de no dejarme influenciar por el temor o la duda de otra persona. La otra muchacha en la arena se puso histérica, aun cuando no era su caballo que estaba fuera de control. Sin embargo, ella se asustó tanto de lo que percibía como mi ordalía, que el instructor tuvo que gritarle que se callara. Después de agarrar las riendas de mi caballo, él me dejó sola y se fue a sacar a la muchacha de la arena. Yo seguía sin temer, pero ella estaba aterrada. Allí mismo comprendí algo acerca de la naturaleza engañosa del temor y de la duda. No había motivo para que ella entrara en pánico, y sin embargo estaba mesmerizada por la situación a tal grado que sentía abrumada. Vi lo vital que es, romper con la fascinación que siente la mente humana ante las imágenes negativas, y deliberadamente darles la espalda. La duda y el temor son irracionales, y conducen a una manera irracional de pensar. Así como Jesús no se dejó influenciar por la duda que sentía Pedro, de la misma manera podemos defender nuestro pensamiento de las dudas de los que nos rodean.

Por medio del razonamiento espiritual, podemos rechazar el temor y la duda porque no tienen valor. Hay un párrafo en *Ciencia y Salud con la Llave de las Escrituras* por Mary Baker Eddy que explica cómo hacer esto: “Cuando la ilusión de enfermedad o de pecado te tienta, aférrate firmemente a Dios y Su idea. No permitas que nada sino Su semejanza more en tu pensamiento”. La semejanza de Dios incluye un sinnúmero de cualidades espirituales y

morales, tales como fortaleza, vigor, pureza, perfección. La cita continúa, “No dejes que ni el temor ni la duda ensombrezcan tu claro sentido y calma confianza de que el reconocimiento de la vida armoniosa –como la Vida es eternamente— puede destruir cualquier sentido doloroso o cualquier creencia acerca de aquello que no es la Vida” (p. 495). El aferrarte a Dios permite la entrada al Cristo. Revela que Su poder y gracia te están sujetando y elevándote por encima de la duda del mundo. Podemos asirnos concienzudamente de Dios y encontrar la seguridad y la salvación, confiando cada vez más en la supremacía del bien.

*Elise Moore es practicante y maestra de la Ciencia Cristiana, y vive en Nashville, Tennessee.*